

Señores:

Con honda satisfacción, declaro inaugurado el "Instituto de Estudios Mariológicos" de la Universidad del Salvador.

Nuestra Señora de Luján¹

*Mons. Doctor Emilio Ogñenovich
Obispo de Mercedes y Luján*

El 2 de febrero de 1536 el adelantado don Pedro de Mendoza y Luján fundó en estos lugares una población a la puso por nombre Santa María de los Buenos Aires, nuestra hoy digna capital de la República. Poco después, la necesidad de dar alimento a la incipiente población hizo que el adelantado ordenara una expedición. Al encontrarse ésta con los nativos del lugar, se produjo una refriega que costó caro a los españoles. Murieron 36 expedicionarios. Era el 15 de junio, fiesta de Corpus Christi en aquel año.

En el combate fue herido el capitán de la tropilla, Pedro Luján, sobrino de Mendoza y su ayudante. La crónica dice que se asustaron los caballos y, sin poder sujetarlos, fue a morir a la orilla de un río que después llamaron Luján, nombre impuesto por don Pedro de Mendoza en memoria de su sobrino. Aquel combate, estiman los estudiosos, se dio cerca del lugar en el que, casi cien años más tarde, se levantaría la ermita de Diego Rosendo.

Poco tiempo duró la naciente población, que debió ser abandonada algunos años más tarde. El 11 de junio de 1580 don Juan de Garay fundó por segunda vez Buenos Aires. En octubre de aquel año repartió tierras entre sus capitanes y oficiales en la zona del Corpus Christi o río Luján. Este nombre -Luján- aparece por primera vez en los escritos del normando Nicolás Desliens, en 1541, y luego en los documentos públicos que firma Garay en 1580. Precisamente algunas de las lonjas de tierra repartidas entre sus capitanes y sargentos arrancan desde el río Luján.

Cincuenta años después de esta fundación acaeció el milagro de Luján.

Consta que en 1620 había en aquella zona un árbol al que llamaban "árbol solo". Era éste un sauce que por su posición servía como punto de orientación a los viajeros, y se hallaba relativamente cerca de la actual basílica. Con anterioridad a 1640 las tierras del "árbol solo" pertenecían al sargento mayor Marcos de Sequeira quien, en 1630, contrajo matrimonio con doña Ana de Matos. Sus posesiones se extendían a ambos márgenes del río. La actual ciudad de Luján entraba en los límites de su estancia.

¹ Conferencia pronunciada en la Cátedra Extracurricular "La Virgen María y el V Centenario" de la Universidad del Salvador, el 4 de octubre de 1989.

Cuando ocurrió el milagro de Luján, en 1630, gobernaba la Santa Iglesia un Papa de corazón intensamente mariano: Urbano VIII. El rey Felipe IV regía el inmenso imperio español. En las márgenes del Plata era obispo Fray Pedro de Carranza. Gobernador en lo civil era Diego de Góngora.

La diócesis había sido creada por el Papa Paulo V el 30 de marzo de 1620 y Fray Pedro -religioso carmelita de Sevilla- fue su primer pastor, gobernándola hasta 1632.

Hacia 1630 un portugués llamado Antonio Farías de Saa, que tenía hacienda en Sumampa, pidió a un amigo suyo, marino de profesión, que en sus viajes al Brasil trajera una imagen de la Inmaculada Concepción para colocarla en una capillita que levantaría en aquella estancia del actual territorio de la provincia de Santiago del Estero. El marino, por nombre Andrea Juan, cumplió el encargo con toda generosidad: en lugar de una trajo dos imágenes de la Virgen que llegaron sin dificultad al puerto de Buenos Aires. Una de ellas era de la Purísima Concepción, la otra representaba a María bajo el título de la Madre de Dios.

Las imágenes fueron bien acomodadas en sendos cajones cargados en una de tantas carretas que hacían el viaje al Norte y partieron. Los troperos pasaron la primera noche en el paraje de Diego Morales, en Morón, continuando viaje por el camino real antiguo. Se detuvieron a pernoctar por segunda vez en la estancia de un tal Rosendo, a orillas del río Luján.

A la mañana siguiente muy temprano pusieron los bueyes en las carretas y quisieron proseguir viaje. Allí apareció el gran obstáculo en el feliz itinerario que habían emprendido. Los bueyes no pudieron mover la carreta que llevaba las sagradas imágenes. Sin embargo, todo era normal. La carreta estaba en buenas condiciones, no había pantanos, los animales tiraban bien. No se veía ninguna causa natural que explicase el fenómeno. Andrea Juan explicó a sus acompañantes que de llamativo sólo llevaba dos imágenes de la Virgen para su amigo de Sumampa. En vano buscaban una explicación a tan extraño suceso.

Alguien entre los troperos -algunos dicen que el "negro Manuel"- sugirió que se sacase de la carreta, para intentar moverla, uno de los cajones. Pero nada pasó. El misterio continuaba. "Cambiemos de cajones", repitió la misma voz. Hecho esto, sin más la carreta arrancó normalmente. Afirman las crónicas que este trueque de cajones se repitió varias veces con el mismo resultado.

Así las cosas, los troperos interpretaron que por este signo Dios les indicaba que aquella imagen especial debían dejarla ahí, en ese mismo lugar. Y así lo hicieron. Al abrir el cajón encontraron la hermosa imagen de Nuestra Señora de la Concepción, de unos cuarenta centímetros de alto, con las manos juntas entre el cabello. Llenos de admiración le rindieron homenaje de repeto y amor. En devota procesión la llevaron a casa de Diego Rosendo y allí se le dedicó un altarcito.

El lugar del acontecimiento era estratégico. Camino real antiguo. Segunda parada para pasar la noche. A pocos metros, la bendita imagen prodigiosa.

La noticia se divulgó con suma facilidad. Los viajeros fueron los primeros en anunciar en cada puesto entre Buenos Aires y el Norte la fausta nueva. En seguida empezó a llegar gente que quería ver la imagen sagrada de María Santísima, y no tardó la respuesta de la Virgen: gracias, prodigios y milagros se fueron manifestando.

Aquí se cumplió el adagio: el hombre propone y Dios dispone. La imagen tenía un destino de los hombres: Sumampa, en Santiago del Estero. Era para quien la había pedido, don Antonio Farías de Saa. Sin embargo, la Virgen eligió ese lugar para quedarse de una manera milagrosa. Quiso quedarse en Luján. La otra imagen, dedicada a la Madre de Dios, siguió viaje hasta Sumampa, donde se la venera con el título de Nuestra Señora de la Consolación. Representa a la Virgen con el niño Jesús en brazos.

Andrea Juan, después de encontrarse con Farías, viajó a Pernambuco, al Nordeste de Brasil. Según los datos encontrados la imagen de la Consolación fue fabricada allí. En cambio la imagen de la Inmaculada Concepción, que es la Virgen de Luján, la misma imagen que está en su trono en el Santuario de Luján actualmente, fue fabricada, según se cree, en San Pablo. Esta ciudad tenía fama de hacer hermosas imágenes. La de Luján presenta la tez morena y una fisonomía netamente americana que desmiente la afirmación de un supuesto origen europeo.

Cómo se fue extendiendo su culto

La imagen de Nuestra Señora fue venerada en la habitación que los Rosendo le dedicaron desde su llegada. Pronto quisieron levantarle una capilla. En 1630 cuidaba la estancia de Rosendo por ser menor de edad el heredero Diego Rosendo, su padrastro Bernabé González Filiano. Este no pareció prestarle mucha atención al suceso de las carretas. Quizá por no tener conciencia limpia por sus negocios de contrabando y por miedo a declarar ante las autoridades y perder su fortuna.

Sin embargo erigió la capilla que estuvo lista a mediados de 1633. Allí acude una enorme cantidad de fieles atraídos por la fama de María. Los Rosendo destinaron al negro Manuel para que cuidara del culto y la ornamentación de Nuestra Señora. El negrito Manuel nunca dejó sin luz a la imagen Santa.

Entre 1636 y 1637 el padre Antonio Ruiz de Montoya compuso un mapa que incluía toda la extensión del Paraguay. En él señalaba ya la capilla de la Virgen de Luján. El padre Guillermo Furlong, al examinar este mapa, observó que en dichos años la capilla indicada por Ruiz de Montoya no pudo ser otra que la de Rosendo, elevada quizá a Curato Doctrina por el obispo Cristóbal de Aresti, en 1637. En esos lugares, entre 1630 y 1670, no existía reducción alguna de indios.

El padre Jorge María Salvaire afirma en su historia del culto a María, que hacia 1656 la fama de la portentosa imagen de Nuestra Señora y de los milagros que Dios por tan admirable instrumento obraba, era ya general en todas estas provincias. Por iniciativa de doña Ana de Matos, mujer de alta posición casada con el capitán Marcos de Sequeira, hombre acaudalado y de gran influencia, la sagrada imagen fue trasladada en 1671 al Luján actual.

Este traslado, hecho solemnemente, en procesión precedida por el obispo Cristóbal de Mancha y Velasco acompañado del gobernador José Martínez de Salazar, fue motivado por las traslocaciones de la Santa imagen que narran las crónicas. El negrito Manuel, este maravilloso, sencillo, humilde, cariñoso custodio de la Virgen, esclavo de la Virgen, siguió fielmente a su ama celestial.

Precisamente él, venido del Africa hasta Brasil, y a Buenos Aires con Andrea Juan, será testigo constante de los fenómenos sobrenaturales de los que hablan los autores de las crónicas. En efecto, el historiador Santa María dice que el negro Manuel hallaba a la Virgen Santísima llena de rocío muchas mañanas, y con abrojos en el vestido, y empezaba a decirle qué necesidad tenía de salir de su nicho siendo poderosa para obtener cualquier maravilla sin salirse de él. Y el segundo historiador y autor de las crónicas, el presbítero Maqueda, corrobora lo dicho por Santa María y agrega esta frase que infunde confianza en el amor y la misericordia de María: "¿Cómo sois tan amiga de los pecadores que salís en busca de ellos, cuando veis que os tratan tan mal?". Cabe aclarar, de paso, que por esta época comenzó la costumbre de vestir la imagen.

Vacante la Sede Episcopal de Buenos Aires, los miembros del Cabildo se interesaron por la situación de Luján, y en particular por el estado de la capilla en construcción que había empezado el obispo Juan de Arregui, fallecido en diciembre de 1736. Para ello comisionaron al canónigo magistral, doctor Francisco de los Ríos. Este lamentó que aún no se hubiera escrito relato alguno que refiriese el origen y la gracia de esta imagen. Designó, pues, a Pedro Nolasco de Santa María para que investigara y diese una bien fundamentada información sobre los orígenes de la Santa Imagen y de sus muchos prodigios.

Al concluir la visita canónica que le fuera encomendada, de los Ríos se refiere a la "constante e inmemorial fama de prodigios y milagros con que ha reducido el poder de Dios Nuestro Señor en la Imagen de la Santísima Virgen, con la advocación de su Purísima Concepción, que se venera en este Santuario, la que se halla esparcida y cada día se va difundiendo más, no solamente por estas tres provincias inmediatas, sino también por las demás de este Reino del Perú, en que es célebre su advocación de Nuestra Señora de Luján, con la que en la tierra en todas sus necesidades la llaman los fieles, y en el mar en sus peligros la invocan los navegantes que transitan de la Europa a este puerto de Buenos Aires".

Por esta aseveración se conoce que la bendita imagen de Luján era ya cono-

cida e invocada en el Perú. Poco tiempo hacía que el alférez real don Juan de Lezica, prestigioso personaje del Alto Perú había llegado deshauciado a Luján. Allí la Virgen lo curó y a los pocos días pudo regresar a su tierra. En el museo devocional de la Basílica se conservan chajalonías de plata en forma de corazón traídas de tierras peruanas como reconocimiento y gratitud a Nuestra Señora de Luján. Movido por su devoción a la Santísima Virgen, y deseoso de contribuir a la fábrica del nuevo templo, el obispo de Santa Cruz de la Sierra, en el Alto Perú, don Andrés de Vergara y Oribe, deja en su testamento un donativo de \$ 1.500 para el santuario de Luján.

Prueba de que la fama de sus gracias y favores no eran una escueta y teórica noticia en el país de los incas es la interesante nota que el juez comisionado de Luján, Antonio Arias de Mansilla, enviara al rey de España en septiembre de 1738, pidiéndole autorización para levantar un edificio de frailes franciscanos. Dice así:

"Habiéndose erigido muchos años hace por un devoto una capilla en que se colocó una milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Concepción nombrada de Luján, fueron repetidos los prodigios que la misericordia de Dios obró por su intercesión que atraídos y agradecidos a tantos beneficios se juntaron en su distrito varias familias que se hallan hoy multiplicadas en más de 14 leguas".

Todo esto confirma cómo el renombre de Nuestra Señora de Luján se extendía a España y a otros sitios. Francisco Javier Miranda relata, en 1749, sus impresiones del viaje que hiciera a Luján: "De la ciudad de Buenos Aires a la de Córdoba del Tucumán hay 150 leguas (750 km.) y en todo este gran distrito no habían dejado los bárbaros más población que una pequeña villa llamada Luján [...] Y no sé por qué los bárbaros la habían perdonado, pues era incapaz de hacer la resistencia, y sólo lo atribuyo a la protección de María Santísima, que allí tiene su santuario".

El jesuita Florian Paucke cuenta las impresiones de su paso por Luján y hace referencia a la Villa y al Santuario donde -dice- se venera una imagen de la Madre de Dios llena de gracia.

El obispo Marsellano y Agramont escribirá en octubre de 1753 que es importante el culto y la veneración que merece la imagen de Luján, que ha llenado de prodigios y milagros en todos los tiempos esta ciudad y los partidos de su dilatada jurisdicción y el distrito del Río de la Plata, y aún en los inmediatos del Tucumán y el Paraguay.

Hacia 1757 comienzan a extenderse los llamados limosneros de la Virgen de Luján que van recorriendo las tierras más alejadas. Desde Chile remitían los devotos doblones de oro y plata labrada, desde el Paraguay llegaban continuamente saquitos de azúcar y yerba mate escogida. También desde las provincias los troperos traían cargas de leña fuerte, Algarrobos y chañares para el hospicio de los fieles que llegaban para asistir a la novena.

Es importante destacar el contacto que desde Luján se mantenía con el rey de España. Así, el 30 de mayo de 1759 Fernando VI confirma para la población de Luján el título de Villa que ya el 17 de octubre de 1755 le había concedido el gobernador don José de Andonaegui, quien informaba al rey que "En nombre de su Majestad la titula [a la villa] con el nombre de Nuestra Señora de Luján por ser esta milagrosa Señora la primera fundadora y el atractivo de la cristiana común devoción de una vastísima región".

Por 1760 llega desde España a la Villa el visitador general de los mercedarios y autoriza la fundación del hospicio. En octubre de 1782 los obispos de Arequipa y Guamanga, que había desembarcado en Buenos Aires, al emprender viaje al Perú por camino de tierra, visitan el santuario de Nuestra Señora de Luján, poniendo bajo su protección sus apartadas diócesis.

Un hermoso sermón de Nuestra Señora de Luján, escrito en 1790 por un religioso mercedario, narra el milagro de la carreta y hace referencia a los exvotos de muchas personas que sanaron, recobraron la vista y aún fueron salvados de muertes espantosas. Estos acontecimientos atrajeron a gentes de distintas regiones y de los más remotos países.

En 1796, el 22 de marzo, Félix de Azara pasa por Luján y escribe en su diario sobre la Villa donde se venera a una imagen de Nuestra Señora de Luján considerada muy milagrosa por las muchas visitas y ofrendas de los peregrinos que llegan desde regiones muy lejanas.

Entre tanto, ¿qué dice Roma sobre el naciente Luján mariano? El Papa Juan Pablo II en su primera visita a la Argentina, en 1982, dijo en Luján: "Ante esta bendita imagen de María a la que mostraron su devoción mis predecesores Urbano VIII, Clemente XI, León XIII, Pío XI y Pío XII, viene también a posarse en comunión de amor filial con vosotros el sucesor de Pedro en la cátedra de Roma".

Vamos a pasar por alto toda la serie de indulgencias concedidas por los distintos romanos pontífices a todos los que llegaron hasta los pies de la Virgen de Luján, así como el Breve del 28 de febrero de 1792 por el cual Pío VI concede a Luján el Altar Privilegiado.

Puede asegurarse que no hay pueblo en la Argentina tan universalmente conocido como Luján que aumenta su renombre mundial, máxime desde que el Santo Padre incluyó el Santuario de Luján en el Santo Rosario de los grandes templos donde se venera a María.

Luján, toda una historia de amor, del amor de María al pueblo, es la resurrección de un pueblo que despierta de su letargo a la voz del Señor, llevado de la mano de la Madre incomparable como la proclama el obispo de Buenos Aires, monseñor Aneiros, casi al fin del siglo pasado.

Nuestra Señora, afirma el obispo Mamerto Esquiú, será la gran salvación del pueblo argentino. Ella ayuda a unir no solamente a los argentinos sino tam-

bién a todos los latinoamericanos. Y desde el inicio el pueblo argentino y María caminaron juntos.

En 1810 se solemnizó en el santuario la instalación de la Primera Junta. Y qué decir de las veces que los soldados patriotas asistieron a su templo en la Villa de Luján para poner en manos de la Madre sus anhelos de libertad. San Martín, French, Belgrano, etc.

La patrona principal de la República, de la Nación Argentina, al decir de Pío IX, estremece el corazón del pueblo. Buenos Aires en 1934 en el Congreso Eucarístico, Luján en el Congreso Mariano de 1947, Mendoza en 1948, vieron a la Iglesia peregrina ante la sola mención de la Madre gaucha.

Ella acompañó nuestras horas de dolor, fue paño de lágrimas y mensajera de esperanza ante el conflicto de las Malvinas y en sus manos una y otra vez puso la Iglesia los destinos de la patria.

"Cuesta hablar de María y la Argentina -decía el Cardenal Eduardo F. Pironio- porque habría que hablar de toda la historia de nuestro pueblo. Cuando la Argentina nace como nación independiente [1816], hacía casi dos siglos que María se había instalado en Luján [1630] y plantado su trono de gracia en pleno corazón de las pampas argentinas. Desde allí engendró a nuestro pueblo, lo cuidó e hizo crecer, lo incorporó a su fe y su fidelidad, lo hizo simultáneamente creyente y argentino, le dio fisonomía propia y lo mantuvo en su fe cristiana y en unidad de hermanos. . . Cuando hablo de María en nuestra tierra, casi siempre me refiero a lo que para nosotros constituye el alma de nuestro pueblo: Nuestra Señora de Luján".

María de Luján, "hermana" de sus santuarios de los pueblos americanos. Ella estuvo profundamente unida al pueblo uruguayo en su gesta de libertad. Ella pacificó al pueblo conflictos internos y los hermanó bajo su manto. Ya en 1859 Alfonso García hablaba del santuario de Luján como cuna de devoción. Llegaban peregrinos de Salta, Córdoba y San Juan, Catamarca, Santiago, Mendoza y Chile; del Uruguay. El obispo Carlos Bermúdez de Popayán, Colombia, expulsado de su patria por defender la fe, oraba en el Santuario de Nuestra Señora de Luján. Al poco tiempo volvió a su tierra calmada de persecución. En 1889 la Madre de Luján era ya honrada en Brasil y una imagen suya vigila Río de Janeiro desde 1936.

Fue María la encargada de poner paz entre las naciones de Argentina y Chile, Venezuela, México y Panamá que encontraron en la Madre gaucha su refugio y consuelo. ¿Cómo no mencionar aquella histórica peregrinación de arzobispos sudamericanos que vinieron a venerarla en 1899 antes de partir a Roma para asistir al Concilio Latino-Americano convocado por el Papa León XIII?

En 1914 el pueblo paraguayo dijo presente en Luján, y de la mano de su obispo Sinforiano Bogarín obsecuó a Luján una bandera de la patria. Y el 5 de octubre de 1930 María de Luján fue jurada por Patrona de Argentina, Uruguay

y Paraguay. Bolivia recibió la réplica de la Virgen con fe y sed espiritual en 1946 cuando el obispo de Mercedes, monseñor Serafini, visitó la hermana Nación. Ese mismo año ella fue oficialmente entronizada en Chile, en el Santuario de la Santísima Concepción. México ofrece su imagen a la Madre en 1964, dejando en la Basílica una Virgen de Guadalupe.

El 6 de diciembre de 1980 se inaugura y bendice, en una emotiva ceremonia, la Cripta de Santuario de Luján. Fueron depositadas en esa cripta la imágenes patronales de distintas naciones americanas, de nuestro propio país y también algunas de otras latitudes del mundo. Y así María está presente también en el corazón mismo de América, y ama al pueblo de Latinoamérica desde Luján, lo ama hoy en 1992 o en 1630, asumiendo su historia y llenándola de bendiciones.

Afirma monseñor Gerardo T. Farrell: "Tropicos, estancias, pampas, ríos, trata de negros y mercaderías de contrabando del Brasil, comerciantes portugueses, carretas, viajes a Córdoba y a todo el Noroeste Argentino y al Alto Perú, conformaban la cultura rioplatense del siglo XVII. Todos ellos están asumidos en el milagro de las carretas y de la Virgen de Luján".

Es la historia de una Madre que no se cansa de amar a sus hijos. Luján es símbolo y garantía preciosa de este inmenso amor.

María en la acción misionera de la Iglesia

*Monseñor Doctor Domingo Salvador Castagna
Obispo de San Nicolás*

(I)

Madre de Dios desde la Encarnación. También Madre de la Iglesia y de todos los hombres

La relación de María con el misterio del Verbo encarnado trasciende la formulación dogmática. Nos permite entender su proyección histórica y sus consecuencias prácticas en la actividad evangelizadora de la Iglesia. Cuando en la Cruz Jesús declara a María Madre de Juan y, a éste, hijo de María, está coronando su magisterio de fe. Es plan de Dios lo que se realiza en María; el mismo plan se deberá cumplir, en el transcurso de la historia, por María. La maternidad divina, que está necesariamente incluida en la salvación del mundo, que se cumple en Cristo, adquiere por voluntad del mismo Dios, una consecuente dimensión, la de la maternidad con respecto a la Iglesia y a los hombres todos.

Los dos mil años de historia de la Iglesia presentan, elocuentemente, el desarrollo de esa prodigiosa maternidad. Desde Pentecostés podemos observar a María como Madre solícita de la Iglesia y de los hombres. Toma muy en serio su maternidad. La Anunciación marcó la primera etapa: con el "fiat" se convierte en Madre de Dios. No es una adopción sino una integral maternidad. San Agustín dirá que primero lo engendra en su corazón de creyente. Todo su ser se compromete en esa admirable maternidad, también su carne virginal y su sangre. La maternidad divina ofrecería motivo para una rica meditación. Muchos excelentes teólogos han elaborado sistemáticamente una rama de la teología denominada mariología, no me corresponde hacerlo.

En la Cruz María lleva a término su compromiso materno con respecto a Jesús; como el Señor lleva a término su acción redentora. Ahora viene la Iglesia y la historia. Jesús, por su Espíritu, cumplirá en la Iglesia, y por la Iglesia en el mundo, su obra de salvación. María, tan presente en su vida personal, y en los momentos culminantes de la misma, se hará presente en la vida de la Iglesia, su prolongación. Como no se entiende a Cristo sin María, tampoco se entenderá a

USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR